

Eduardo Casanova

67 MOMENTOS DE CARACAS

Crónicas breves.

Caracas, 2001.

1. El día en que nació Caracas.

Lo único que realmente sabemos de la fecha en que se fundó Caracas es que **no** fue el 25 de julio de 1567. El 25 de julio es el día de Caracas porque lo es de su patrono, el Apóstol Santiago. No hay documento que pruebe cuándo se fundó, puesto que los papeles que podrían aclararlo fueron robados por unos piratas franceses. Hay en el Archivo de Indias un informe según el cual don Diego de Losada y sus hombres llegaron a lo que hoy es El Valle, el 3 de abril, día de Pascua Florida, y por eso lo llamaron el Valle de La Pascua. Allí se anuncia que saldrían a fundar la villa en donde lo habían hecho antes Francisco Fajardo y Juan Rodríguez Suárez, en los dos primeros intentos. No pueden haber tardado tres meses y tres semanas en recorrer el espacio que hay de El Valle a la actual Plaza Bolívar. Lo habrán hecho en cuatro o cinco días, como mucho, de manera que el 9 de abril, día de San Demetrio, el 10, día de San Macario, o el 11, día de San Etanislao, son las fechas más probables de la fundación de Caracas. No le habrán gustado a Losada, hombre atrabiliario y voluntarioso los nombres de esos tres santos exóticos y, en perfecto derecho, optó por encomendar la villa a Santiago, que era su santo patrono, y asunto concluido. Cuatro siglos después las autoridades decidirían que Caracas se fundó el 25 de julio, cuando en realidad se fundó en abril.

2. El día en que nació Don Quijote.

El 29 de mayo de 1595 el veterano Alonso Andrea de Ledesma murió al enfrentar, solo, sobre un caballo viejo y flaco y con una armadura oxidada a los piratas ingleses que habían tomado Caracas. Una hazaña tan inútil y tan española como la de Ledesma no puede haberse ignorado, mucho menos en Sevilla, en donde Cervantes vivió entre 1587 y 1602 y en 1597 se produjo su primera reclusión en la cárcel, "en donde toda incomodidad tiene su asiento" y "se engendró" el Quijote. Cervantes había confiado al banquero Simón Freire de Lima dinero del gobierno, y cuando el banquero quebró, el escritor, que estaba en Toledo, regresó a la carrera a Sevilla. Allí debe haberse topado con el relato que de la muerte de Ledesma hizo Gaspar de Silva, en el que dice *"que sabe este testigo y vido cómo el dicho capitán, como tal y siendo, como era, tan gran señor, le embistió al enemigo inglés a caballo, con su lanza y adarga, y andando gran rato escaramuzando entre ellos como tan valiente soldado y servidor de Su Majestad, le dieron un balazo que lo mataron, y cayó muerto de su caballo..."* Hay allí mucho de arremeter contra molinos de viento o contra una tropa de ovejas. En consecuencia, deberíamos empezar a decir que la brevísima gesta de Ledesma no es cervantina, sino la larguísima del Quijote fue ledesmina.

3. Las primeras máscaras en la Villa.

La primera actividad teatral caraqueña de que se tiene alguna noticia estuvo muy ligada a la invasión de piratas ingleses y a la muerte heroica y solitaria del conquistador Alonso Andrea de Ledesma, el hecho que bien podría haber inspirado a Miguel de Cervantes a crear su famoso Don Quijote. Se dice que el día de Corpus, ese mismo año de 1595, un tal Melchor Machado montó en la puerta de la iglesia un espectáculo de "danza y comedia", que según Enrique Bernardo Núñez sería el inicio de la actividad escénica en Venezuela, aún cuando Arístides Rojas fija ese comienzo en 1600. Sin duda alguna, es más creíble lo que afirma Núñez. En cualquier caso, lo interesante es que Melchor Machado, con toda seguridad, debe haber seguido la costumbre española de la época de hacer teatro de calle en las puertas de las iglesias; en este caso, por la exigencia de Machado de que se le pague y el acuerdo del cabildo de satisfacerlo, sabemos que el 21 de agosto de 1595, veintiocho años después de la fundación, los vecinos de la joven villa, que todavía no se habían recuperado del susto causado por los ingleses, vieron la primera manifestación de teatro en Santiago de León de Caracas. Muchísimos años después, en el siglo XX, la Plaza Bolívar recuperó aquel esplendor y se convirtió en el centro de actividades teatrales, infantiles y musicales al aire libre.

4. La pequeña Catedral.

Cuando Diego de Losada fundó Caracas, no pensaba que esa pequeña villa iba a ser capital de una provincia, primero, y de un país, después. La iglesia que mandó a levantar frente a la Plaza Mayor para honrar al Apóstol Santiago y que en sus comienzos no fue sino un ranchón con techo de paja, se convirtió en Catedral en 1637, ochenta años después del nacimiento de la ciudad y cuando ya tenía muros de piedra y techos de teja. Hasta entonces esa condición había pertenecido al templo principal de Coro, y el traslado le es ordenado por Real Cédula del 20 de junio de 1637 al obispo don Juan López Agurto de la Mata, luego de que varias veces había sido recomendado por autoridades tanto eclesiásticas como políticas porque la defensa de Coro era muy difícil, no sólo frente a los indígenas, sino ante el posible ataque de fuerzas extranjeras. El obispo Agurto de la Mata murió, posiblemente de septicemia ("a consecuencia de una nigua infestada", dice Enrique Bernardo Núñez) el 24 de diciembre de ese mismo año de 1637, antes de que terminaran de realizarse las ceremonias del traslado. Casi doscientos treinta años después, como para ratificar el tono de informalidad dado por Losada a su ciudad, es cuando el arzobispo Silvestre Guevara y Lira en realidad consagra la Catedral luego de restaurar su edificio.

5. Obispo de malas pulgas.

Fray Mauro de Tovar, el obispo que al salir de Caracas se sacudió el polvo de las zapatillas y dijo: "de Caracas ni el polvo, ahí se los dejo", inició sus funciones el 20 de diciembre de 1640 y al poco tiempo inició un terremoto político. Era gobernador y capitán general de la Provincia de Venezuela el marino don Ruy Fernández de Fuenmayor, que en 1640 se casó con la caraqueña, doña Leonor Jacinta Vásquez de Rojas. Fray Mauro, voluntarioso, cerrado y fanático, se enfrentó al llegar a don Ruy, que a su vez era autoritario, orgulloso y muy celoso del poder civil. Un cura de apellido Sobremonte echaba yesca al fuego, y hubo amenazas mutuas de excomuniación y de expulsión. La Audiencia de Santo Domingo envió a un Juez Pesquisidor, que fue asesinado a puñaladas a los pocos días por los partidarios de Sobremonte y Tovar. Sólo el terremoto de 1641 sirvió de corta tregua, porque gobernador y obispo se dedicaron, juntos a reparar los daños que había causado. La guerra sólo cesó en 1644, cuando don Ruy entregó el mando a su sucesor. Años después, el hijo del capitán general, don Domingo Baltazar Fernández de Fuenmayor, y la sobrina del obispo, doña Isabel María de Tovar y Mijares de Solórzano, se casaron en la Catedral, como para que el pleito de sus familias no pudiera ser usado como tema, anacrónicamente desde luego, por William Shakespeare.

6. La leyenda de María Pérez.

El primer gran terremoto que registra la historia de Caracas fue el del 11 de junio de 1641, que casi destruyó la villa, aunque construyó algunas leyendas, como la de María Pérez (Maripérez), una anciana muy rica, que ayudó al obispo Mauro de Tovar a rescatar la Custodia de entre las ruinas del templo y con cuyas donaciones se reconstruyó el edificio. Según Arístides Rojas su imagen ha estado en la Catedral desde 1664 o 1674, cuando se habría colocado en la pared occidental del coro un retablo que representa el martirio de San Esteban, y en el que junto al obispo Mauro de Tovar estaría "retratada" Maripérez. Rojas narra con lujo de detalles que su factura estuvo relacionada con un hecho "si se quiere vulgar, pero que exigía cierta reparación de la sociedad caraqueña", como lo fue la colocación de María Pérez, o más bien de su caricatura, en el purgatorio, por un tal Mauricio Robes, gallego, pintor de brocha gorda y famoso por malhablado y ordinario. Alfredo Boulton probó que el retablo es muy posterior y fue pintado por Juan Pedro López, el abuelo de Andrés Bello. Por su parte, Monseñor Nicolás E. Navarro no encontró en los archivos de la Catedral ningún dato cierto sobre donación de tierras por parte de la señora María Pérez, que, legendaria o cierta, terminaría dando nombre a una parte de la ciudad actual, muy distante entonces de la pequeña aldea de los temblores.

7. El primer loco en el poder.

En 1703, luego de apenas cuatro años de gobierno, el gobernador Nicolás Eugenio Ponte y Hoyo dio claras muestras de trastornos mentales, por lo que los Alcaldes Juan Nicolás de Ponte y Diego Tello Pantoja pidieron que se considerara en el Ayuntamiento la situación del gobernador. Corrieron por la ciudad toda clase de rumores y noticias. Se decía que el gobernador Ponte, a quien le decían "El Hermoso" y tenía fama de mujeriego, había sido envenenado o embrujado por una mujer celosa, o por un marido burlado, y hasta se mencionó a una bruja india llamada Yocama. Varias veces trató de salir desnudo a la calle y decía los más tremendos disparates, pero ninguna autoridad se decidía a declararlo loco, lo cual, y ante amenazas de piratas holandeses se produjo, pero no por lo que hubiera sido razonable, sino porque no oía misa ni asistía a las fiestas votivas o de tabla, que llegaron a verse desiertas. El Ayuntamiento de Caracas, en algo que puede considerarse uno de los precedentes del 19 de abril, resolvió investigar y declarar a don Nicolás en estado de demencia e incapacitado para gobernar, y por tanto sustituirlo por los alcaldes, en cumplimiento de una real cédula del 18 de septiembre de 1676. Al fin y al cabo, Ponte y Hoyo no fue sino el primer gobernante venezolano que se volvió loco en uso del poder. Pero no el último.

8. Campanas de la ciudad.

El primer reloj de la Catedral caraqueña fue instalado en 1732, traído y donado a la ciudad por el obispo José Félix Valverde, que llegó a Venezuela en 1731. Era gobernador y capitán general de Venezuela don Sebastián García de la Torre, llegado al país en uno de los primeros barcos de la Compañía Guipuzcoana. La pequeña ciudad disfrutaría desde entonces de esa "gran campana, cuyo sonido ritmaba el pausado vivir de la colonia, desde el amanecer, con su toque de Angelus que repetía al concluir el día y que por la noche, a las nueve, doblaba, recordando una oración por los fieles desaparecidos". Antes había sido Deán de la Catedral de Oaxaca, en México, y era Doctor en Teología. Aquí dio pruebas de ser meticuloso y muy interesado en su trabajo, favorecedor de la música, hecho que contribuiría al desarrollo de esa actividad artística en Venezuela, que a la larga fue extraordinario. Con él vinieron las carmelitas descalzas a encargarse del convento que acababan de fundar en Caracas. Valverde murió en Barquisimeto en febrero de 1741, nueve años después de haberle dado su primer reloj a Caracas y luego de pelear con el Cabildo Eclesiástico, que había cometido una irregularidad en su contra al darle posesión del obispado a Monseñor Juan García de Abadiano, lo que fue solucionado por una Real Cédula que le dio la razón a Valverde, pero no le devolvió el cargo.

9. Cuando nació una nación.

El Jueves Santo 19 de abril de 1810 Francisco Salias detuvo al gobernador y capitán general Vicente Emparan frente a la puerta de la Catedral, le señaló la antigua Cárcel Real, sede del Ayuntamiento y lo obligó a regresar al sitio en donde debía seguir reunido el Cabildo, a no ser porque pocos minutos antes Emparan había suspendido una reunión convocada por los patriotas con el objeto de tomar una decisión ante las graves noticias que acababan de llegar a la ciudad, pues el 17 de abril se supo de manera oficial que los franceses habían tomado Sevilla, se había disuelto la Junta Suprema de España y se había formado el Consejo de Regencia. Hubo un momento especialmente tenso, cuando los granaderos, formados ante el templo, se prepararon para cargar en defensa de Emparan, primera autoridad civil y militar de la Capitanía General, pero su jefe, el capitán Luis de Ponte, pariente de los Bolívar y los Tovar, les ordenó quedarse en posición de firmes, con lo cual Emparan se enteró, ya sin duda alguna, de que no le quedaba otro camino que ceder, regresar al Ayuntamiento, ubicado en donde hoy vemos la Casa Amarilla, y tratar de ganar un tiempo que ya lo había condenado a la derrota. De manera que la acción principal del primer verdadero golpe militar de Venezuela tuvo lugar en la esquina de La Torre, a pocos pasos de la puerta principal de la Catedral de Caracas.

10. El balcón de la patria.

Desde el balcón que está a la izquierda, en el segundo piso de la Casa Amarilla, preguntó el último gobernador y capitán general, don Vicente de Emparan y Orbe, al pueblo caraqueño, reunido en la Plaza Mayor, si estaban los caraqueños contentos con él y si querían que continuara en el mando. Esa fue su perdición. Ese día, 19 de abril de 1810, don Vicente Emparan, que había sido obligado a regresar a la reunión del Cabildo en la que se discutía la posibilidad de desconocer la autoridad de Bonaparte, que se había impuesto en España, trató de desviar la atención y tuvo la ocurrencia de salir a consultar al pueblo. Afuera, en la Plaza, los Salias, Francisco Javier Yanes, Juan Germán Roscio, José Félix Ribas, Tomás y Mariano Montilla, José Félix Blanco, y muchos más, hablaban con la multitud y sembraban sus ideas. Agitaban las masas. En un momento dado pareció que los hechos se les iban de la mano a los revolucionarios, cuando se habló de una Junta presidida por Emparan, pero el cura Cortés de Madariaga se enfrentó hasta con violencia al capitán general, que se asoma al balcón en busca de apoyo popular, pero Madariaga, enérgicamente, hace señas con la mano para que el pueblo diga no. Y el pueblo se deja llevar por el gesto del cura. Emparan exclamará su famosa frase: "yo tampoco quiero mando", y en ese balcón de la Casa Amarilla habrá nacido Venezuela.

11. El ejemplo que Caracas dio.

El mismo 19 de abril de 1810 en la Casa Amarilla se elaboró un Acta, en la que se hizo constar que quedaban suprimidos los cargos de gobernador y capitán general, el de Intendente de Ejército y Real Hacienda, los de Subinspector de Artillería y Auditor de Guerra, así como la Real Audiencia, por lo que los que los ejercían, quedaban sin mando. El Cabildo de Caracas, encabezado por los alcaldes José de las Llamozas y Martín Tovar y Ponte asumía el poder e incorporaba a su seno a los diputados que habían participado en las deliberaciones del día. El pueblo se incorporaba al gobierno de Caracas y de toda Venezuela. Al día siguiente los alcaldes lanzaron una proclama dirigida a todos los habitantes de las Provincias Unidas de Venezuela en la que explicaban lo sucedido y, de hecho, proponían que se reuniera un Congreso Constituyente para determinar el porvenir del país. El 24 ya habían formado gobierno con todas las de la ley: Tovar y Llamozas actuaban de Presidentes, Juan Germán Roscio se encargaba de las Relaciones Exteriores, Lino de Clemente de Guerra y Marina, Nicolás de Anzola de Gracia y Justicia y Fernando Key Muñoz de Hacienda. El cuerpo tenía un total de 21 diputados, y aunque mantenían la ficción de que actuaban en defensa de los derechos del rey Fernando VII, casi todos ellos sabían que lo que buscaban era la Independencia plena.

12. Patriotismo por Decreto.

Oficialmente la autoría de la música del *Gloria al Bravo Pueblo*, Himno Nacional de Venezuela (adaptación de una vieja canción de cuna) se le ha atribuido a Lino Gallardo, conocido músico y activo combatiente independentista, amigo de Simón Bolívar y de José Antonio Páez. Sin embargo, el *Gloria al Bravo Pueblo* no fue jamás entonado por las fuerzas de Bolívar o de Páez ni se consideró en su tiempo canción patriótica. Sería un decreto de Guzmán Blanco el que la convertiría en tal. El músico e investigador Alberto Calzavara, poco antes de morir, publicó una importante investigación en la que se concluye que el verdadero autor musical sería Juan José Landaeta, que murió en el terremoto de 1812. En todo caso, ambos son de la "Escuela de Chacao" y bien podría ser el himno, como se ha dicho, de autoría anónima, arreglado por alguno de los dos. El *Gloria al Bravo Pueblo* fue decretado Himno Nacional de Venezuela en 1881, setenta o setenta y un años después de convertirse en canción patriótica de los independentistas y cuando ya habían muerto todos los que podrían dar fe de la verdad, lo cual hace muy difícil determinar su autoría. El texto se le atribuyó a Vicente Salias, pero Calzavara asegura que es de Andrés Bello, lo cual tiene sentido si se piensa que era una canción en defensa del poder español ante la invasión francesa y no en defensa de la Independencia.

13. El salto del caudillo.

El 29 de octubre de 1900, día de San Narciso, se produjo el primer terremoto del siglo XX en Caracas. Varias personas murieron y muchos edificios se cayeron o se dañaron. El presidente Cipriano Castro, que poco más de un año antes se había apoderado del mando político del país y lo ejercía con toda la arbitrariedad posible, literalmente, echó a volar sin alas desde uno de los balcones del segundo piso de la Casa Amarilla y se lujó un tobillo al tocar tierra en plena calle. Una de las muchas venganzas populares contra el dictador fue el regar a los cuatro vientos el ridículo incidente, y burlarse a mandíbula batiente de aquella pobre demostración de valentía, tal como aparece en una suerte de "guasa" publicada inmediatamente después por *La Linterna Mágica*, en la que entre otras cosas se dice: *Cuando el ruido terrible sentí / y morir aplastado pensé / (...) Fue tan grande el crujido que oí / que de Zoila, por Dios, me olvidé.* De paso, el autor de los versos aprovecha para saetear al dictadorcillo así: *En carrera abierta salí como un rayo / y en la misma calle grité a Guacamayo / quien me dijo: "Cipriano, si te has de enmendar / ten presente que el pueblo perece / y el hambre no puede ya más esperar".* Humor caraqueño, que brota como los manantiales de la montaña cinética aún en la desgracia y en plena dictadura.

14. El pequeño jardín de la ciudad.

La Plaza Bolívar no fue siempre el espacio vegetal que hoy conocemos. Mientras fue "Plaza Mayor" o "Plaza de Armas" se utilizó como mercado y hasta como plaza de toros. A diferencia de los sitios equivalentes de las provincias españolas, ésta tuvo a su alrededor ranchos de paja que, hacia fines del Siglo XVIII fueron sustituidos por arcadas de piedra, desaparecidas cuando el gobierno del *Ilustre Americano* Antonio Guzmán Blanco la convirtió Plaza Bolívar. Allí, no como podría suponerse en la periferia sino adentro de la plaza propiamente dicha y rompiendo la simetría, para ser precisos en el ángulo Noroeste, existió también, durante mucho tiempo, la construcción de la cual salió el nombre de la esquina, nombre, por cierto, relacionado con soldados y no con príncipes. Sí, dentro de la actual plaza Bolívar, en el espacio que hoy se ve despejado frente a la Casa Amarilla y a la actual Gobernación, estuvo ubicado un cuartelillo de dos pisos, conocido en su tiempo como "Fortín Principal", sede de las fuerzas destinadas a la defensa del valle. En su primer piso se alojaban los soldados y en el otro la comandancia y los oficiales. Por los planos de la vieja Caracas sabemos que estaba allí en 1810, y que subsistió hasta 1843. Y también sabemos que fue allí en donde se llevó a cabo el primer golpe de estado de nuestro país, el del 19 de abril, que, por desgracia, no fue el último.

15. El gobierno de papel.

En el primer plano que se conoce de Caracas, el de Juan de Pimentel de 1578, se indica que en donde está la Gobernación existían las Casas del Cabildo, pero el mismo gobernador informaba al rey, en diciembre de ese año, que *"La edificación de las casas de esta ciudad ha sido y es de madera, palos hincados y cubiertas de paja; la mayoría de las que hay ahora en esta ciudad de Santiago son de tapias sin alto alguno y cubiertas de cogollos de caña; de dos o tres años a esta parte se ha comenzado a labrar tres o cuatro casas de piedra y ladrillo y cal y paredes, con sus altos cubiertas de teja; son razonables y están acabadas la Iglesia y tres casas de esta manera, y los materiales los hay aquí en Nuestra Señora de Caraballeda"*. De ese y de muchos otros testimonios se desprende que aún no se había completado edificación alguna en el sitio en que Pimentel ubicó las Casas de Cabildo, que sólo existían en su imaginación. Las reuniones de las autoridades locales, a pesar de la prohibición expresa que en tal sentido estaba vigente, se celebraban en la casa del gobernador por "no haber casas de cabildo". Es de suponerse que ya entonces se tenía la costumbre de gobernar para el papel, es decir, informar a la autoridad o a la opinión pública lo que en verdad no se ha hecho, sobre la base de que sólo unos pocos sabrán que, en realidad, no se ha hecho.

16. El portón de utilería.

En 1595 cuando el pirata inglés Amyas Preston invadió Caracas, ya se había hecho en la esquina de Principal la casa de los gobernadores, que se destruyó en el terremoto de 1641. Once años después se inició su reconstrucción. Más o menos cien años después, en el sitio sólo había ruinas. La edificación fue desmantelada del todo en 1763, porque se había convertido en guarida de alimañas. Prácticamente, en lo que sin saberlo ellos podría ser una horrible metáfora: el lugar destinado a gobierno de la ciudad se había convertido en el basurero público, en el que los habitantes, embozados, echaban los desperdicios y lo que ya no les podía ser útil. Tal como ahora, los menesterosos iban al sitio a buscar, entre la basura, algo que si bien a los privilegiados ya les era inútil, a ellos podría servirles todavía. Debe haber sido por eso por lo que las autoridades decidieron limpiar la parcela y sacar los escombros del sitio. Lo único que se conservó fue un espacio, compuesto por tres piezas techadas, que se usaba para guardar ciertos elementos que se sacaban el día de *Corpus*. También, quién sabe por qué, se ordenó que se conservara el antiguo portón, que a pesar de estar a la intemperie no se había destruido del todo. Hoy en día podría pensarse que se conservaba para los ojos de los turistas. En aquel momento debe haber tenido su no demolición algo que ver con el gobierno de papel.

17. Tiempos modernos.

La construcción que ocupa el espacio en el que se inició el gobierno de papel, es decir, la Gobernación del Distrito Federal (hoy Alcaldía Mayor de Caracas), fue inaugurada a fines de 1935, en los días en que murió Juan Vicente Gómez. Es una obra de notable sobriedad, muestra un tanto tardía, pero de notable belleza, de *Art Déco*, que forma un conjunto armonioso con el Teatro *Principal*, que fue levantado en 1931. Ambos edificios fueron diseñados y construidos por el arquitecto caraqueño Gustavo Wallis, a quien se deben también el Teatro *Rialto*, que queda entre las esquinas de *Principal* y *Monjas*, frente a la Plaza Bolívar, el Hotel *Miramar*, que es ejemplo (o lo era) de lo que debe ser un hotel en el trópico, pero lamentablemente terminó usado como instalación del Instituto Nacional del Menor, que lo destruyó, adelantándose al desastre del 99. También era obra de Wallis el Banco Central de Venezuela, que la Venezuela irresponsable demolió a los pocos años de fabricado, así como varias casas de Campo Alegre y del *Caracas Country Club*, en las que es notable la influencia norteamericana. Sorpresivamente, a nadie se le ha ocurrido todavía demoler el edificio de la antigua Gobernación, que armoniza perfectamente con ese pequeño y bello jardín que es la Plaza Bolívar de Caracas.

18. El final de una fallida dinastía.

Poco antes de que se inaugurara el edificio de la Gobernación del Distrito Federal, en diciembre de 1935, se produjo un grave incidente que acabó con la carrera política del general Félix Galavís, nacido en San Antonio del Táchira y uno de los pocos hombres de confianza del general Gómez, nombrado por el sucesor de éste, Eleazar López Contreras, gobernador del Distrito Federal. Se dice que López Contreras, hombre rico en ardides, hizo gobernador a Galavís para "quemarlo" en el cargo. De ser así, lo consiguió con creces. Ese diciembre, al encargarse de la Gobernación de Caracas, debe enfrentar la primera crisis del nuevo gobierno, causada por el intempestivo viaje a Caracas de Eustoquio Gómez, empeñado en adueñarse del poder. Siguiendo instrucciones del Presidente López Contreras, el gobernador, que todavía despachaba desde la esquina de Las Monjas, logró distraer al aspirante, hasta que en un incidente nunca aclarado del todo, el primo de Gómez cayó herido de muerte, según algunos por Jesús Corao o hasta por un primo del gobernador, pero parece que fue por el propio Galavís, como lo atestiguó después su edecán. Todo se debió a un gesto extraño de Eustoquio Gómez. que hizo pensar a Galavís que el otro iba a sacar un arma y, como en las películas, disparó primero. El herido murió desangrado en un pasillo ese 21 de diciembre de 1935.

19. Casa, cárcel y reliquia.

Cerca de cuarenta años después de la fundación de Caracas, entre 1606 y 1611, la esquina Noreste de la manzana que hoy se identifica por las esquinas de Principal, Conde, Monjas y Capitolio, ubicada, por tanto, en el Noroeste de la Plaza Mayor, estaba la casa del gobernador Sancho de Alquiza, cuyo nombre, un tanto deformado, subsiste como toponímico en el viejo camino "de los españoles", en lo que fue su hacienda personal, que hoy es una zona llamada Sanchorquiz. Sanchorquiz fue un gobernante duro, que por cuestiones de impuestos o de contrabando puso tras las rejas a más de un poderoso, lo cual, por no haber tampoco cárcel, se cumplía en la vivienda del gobernador. De manera que no tiene nada de raro que en donde estuvo su casa se haya hecho después una cárcel. La construcción de la Cárcel Real en terrenos de la casa del gobernador Sanchorquiz, casa que como buena parte de las caraqueñas fue derrumbada por la madre tierra el 11 de junio de 1641, se debe haber iniciado a fines de ese siglo XVII, probablemente en 1693 o 1694. Posiblemente otro gobernador, Jiménez de Enziso hiciera allí una primera Cárcel Real, en tanto que la segunda y definitiva fue levantada por don Francisco de Berrotarán, Marqués del Valle de Santiago, y es el mismo edificio que en la actualidad ocupa la Casa Amarilla.

20. La tumba luminosa.

Una imagen tenebrosa, de torturas y muertes, tuvo la cárcel de la esquina de Principal desde 1696 hasta que en tiempos de Guzmán Blanco se refaccionó el edificio y se le disimuló el elemento arquitectónico español, para convertirlo en la Casa Amarilla, que es como hoy se le conoce, luego de que los sucesos del 19 de abril de 1810 le dieran una luminosidad que hasta entonces no había conocido. Recluidos estuvieron, además de perseguidos de cualquier índole, gobernadores, funcionarios de alta jerarquía, presos de alcurnia y peso social. Así también podría escribirse buena parte de la historia de Caracas, de Venezuela y hasta de la América humana. Sin duda, el más ilustre de todos los que fueron encerrados en la Cárcel Real de Caracas, fue José María España, que murió en la esquina Noroeste de la misma cárcel, el 8 de mayo de 1799 luego de protagonizar, junto con Manuel Gual, que también era guaireño, además de hijo de un antiguo gobernador y capitán general de la Provincia de Cumaná, el más serio intento de lograr la Independencia de España y hacer, en tierras de América, una Revolución al estilo de la francesa. Eso fue en 1797 y en buena parte por la influencia de revolucionarios españoles que llegaron como prisioneros al puerto de La Guaira. Como suele ocurrir, los gobiernos abusivos se cavan sus propias tumbas.

21. El mártir primero.

La dura sentencia que condenó a muerte a José María España, fue cumplida en la esquina de Principal, cerca de la pared de la Cárcel Real, el 8 de mayo de 1799. Según Juan Vicente González el sacerdote Juan Vicente Echeverría, luego de acompañarlo en sus últimos instantes de vida, después de cumplir con los sacramentos de la religión cristiana, después de que juntos rezaron, quizá en secreto por el sueño que veían partido, habría dicho una bella oración fúnebre, que parece escrita más bien por González que recogida por algún testigo. La oración termina con estas palabras: *¿Qué te diré yo, amigo mío, que dé paz sobre los caminos públicos a tus huesos áridos y lleve un consuelo a tu inconsolable esposa? Que la mano del hombre no es la mano de Dios; su balanza no es la de los poderosos de la tierra, y que mientras éstos hieren aquél corona... Yo debo detenerme aquí en medio de la turbación que domina mi espíritu. Mi fe es de mi rey; dejadme mis lágrimas para mis amigos.* Son palabras del romanticismo, no del tiempo ordenado del barroco, que era el del instante de su pronunciación. La revolución de Caracas tenía ya su primer mártir. Muchos vendrían después. Y varios de ellos conocieron las mazmorras de la antigua Cárcel Real, en cuyo edificio, como ironía de la historia, se decidió que Venezuela sería independiente.

22. La breve palabra.

Juan Vicente Gómez, compadre, amigo y sucesor de Castro que apartó del camino, posiblemente con muchas dudas, el 19 de diciembre de 1908 a su amigo, compadre y antecesor, pronunció desde el balcón de la Casa Amarilla, cuando empezaba el régimen más largo que ha conocido Venezuela, el discurso más breve que haya dicho un Presidente de la República de Venezuela. Según Manuel Caballero la parquedad del discurso se debió a que estaba lleno de dudas, no llegaba a decidirse a darle el zarpazo a Castro, no sólo porque era su amigo, sino porque no dejaba de tenerle respeto a la habilidad de su compadre. Gómez, campesino de la frontera, no era dado a la oratoria como su compadre, que fue otro de los gobernantes que se enloqueció en el uso del poder. Una masa humana esperaba, otra vez, en la Plaza Bolívar, mientras Leopoldo Baptista y Juan Pietri le pedían que hablara a la multitud. Pietri gritó “¡Muera Castro!” y la multitud, como suele ocurrir en esas ocasiones, rugió exaltada, por lo que ambos, Baptista y Pietri, prácticamente obligaron a Gómez a dirigirse a la masa. Deben haber pensado que el hombre se entusiasmaría y lanzaría una arenga, pero no fue así, el maduro y quieto campesino se limitó de decir en algo que apenas ellos y los que estaban en las primeras filas escucharon: “Pues cómo les parece a los amigos, que el pueblo está callado”.

23. Las nueve musas.

Entre las esquinas de Gradillas y Sociedad quedaba la casa de las *Nueve Musas*, personajes que, de haber nacido en otras latitudes, habrían generado mundos de letras y cantos en la literatura romántica. Pero su historia no se ha escrito todavía. Las hermanas Aristeguieta, cuyo padre había enviudado de Petronila Bolívar y Ponte, tía de Simón Bolívar, y se casó con Josefa Blanco y Herrera, tía de la madre de Simón Bolívar, eran: María Antonia, nacida en 1753, que murió sin haberse casado y no alcanzó el renombre de sus hermanas menores; María de las Mercedes o Merced; Rosa María de Jesús; Juana, muerta al nacer; María Begoña, o simplemente Begoña; Francisca Fulgencia o Panchita; Teresa de Jesús o Teresa; María Belén o Belén, que nació en San Mateo (todas las demás eran caraqueñas); Josefa María o Josefa; la segunda María Antonia (María Antonia Petronila) o Antonia; y, por último, Manuela Josefa o Manuela. Las *Musas* fueron las nacidas entre 1755 y 1776, salvo Juana, la que murió al nacer. Sus vidas fueron brillantes y trágicas, y fueron madres. Tías, primas, parientas o amigas de casi todos los protagonistas de momentos cargados de muerte y heroísmo. Les tocó vivir en el ojo del huracán por venir y podría decirse que su tiempo fue el de calma que precede a la tormenta, a no ser porque, en cierta forma, fueron ellas la tormenta en sí.

24. La casa verdadera de Bolívar.

La casa verdadera de Bolívar, no la casa en que nació, sino la casa en la que vivió, que fue suya, estuvo en la esquina de Las Gradillas, y es curioso que ni siquiera exista allí una placa que lo recuerde. La recibió como parte del Vínculo Aristeguieta, fundado por Doña Luisa Bolívar, dama piadosa y mantuana, que se preocupó mucho por los asuntos religiosos de Santiago de León de Caracas en tiempos en que la ciudad dejaba de ser una aldea y vio morir a su hijo mayor, Domingo Aristeguieta, luego de que su otro hijo, Juan Félix, había adoptado la carrera religiosa. Al ser designado heredero del Vínculo, Bolívar se hizo dueño de la casa de Gradillas, la hacienda San José de Yare, la hacienda Concepción en el valle de Taguaza y otros bienes. El niño Simón Bolívar tomó posesión de la casa de las Gradillas el lunes 30 de julio de 1788, acompañado por su abuelo, don Feliciano Palacios, el Licenciado Miguel José Sanz y dos testigos. Vivía en ella el gobernador español Juan Guillelmi, que no pudo imaginarse que, pasados apenas unos treinta años, será ese niño el encargado de que no haya más gobernadores españoles en nuestro continente. Bolívar vivió en ella al regresar de Europa, casado con María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza. En enero de 1803 salió de la casa el entierro de la joven con la que estuvo casado apenas ocho meses.

25 La última visita del Libertador.

La última visita de Bolívar a Caracas se inició el miércoles 10 de enero de 1827. Era un día fresco y de cielo azul, cuando Simón Bolívar y Palacios, de cuarenta y tres años de edad, volvió a poner sus suelas en el piso de su casa de las Gradillas. La ciudad se veía decorada con arcos de palmas y sauces, a los que habían pegado cintas y gallardetes tricolores. Retratos del Libertador adornaban las ventanas de muchísimas casas, en las que también se veían pabellones, banderas y letreros alusivos a la visita del hombre que había derrotado al poder español. La gente se abarrotaba en las calles para verlo y gritarle su afecto. A las dos de la tarde entró con su séquito por el camino de Antímano: en el Paradero de San Juan se detuvo a recibir el saludo del Concejo, la Universidad, las principales instituciones y, sobre todo, el pueblo. Allí, el norteamericano Jacob Idler le ofreció una carroza; el Libertador bajó de su caballo y subió al vehículo, junto con el general José Antonio Páez. Por la Calle Real de San Juan llegaron al Reducto, de allí a Cipreses y de Cipreses a la Catedral, en donde se ofició un solemne *Te Deum*, en el que los sacerdotes se vieron en dificultades por el exceso de gente y los vítores que le dedicaban al Presidente Bolívar, que no podía imaginar que unos meses después la República de Venezuela lo iba a convertir en poco menos que un paria.

26. Canción para Bolívar.

Cuando Bolívar volvió a Caracas en 1827, el pueblo lo recibió como un ídolo. En un templete levantado para la ocasión a pocos pasos de la casa de las Gradillas, en la Plaza Mayor, como si fuera en carnaval, una orquesta acompañaba a un pequeño coro mixto que cantaba con muchísimo entusiasmo y poquísima afinación: *Salud a Bolívar / que en carro triunfal / desde el Cuzco torna / al suelo natal... / Ante el gran Bolívar / se viene a postrar / de guerras civiles / el monstruo voraz, / las pasiones huyen / y el genio del mal. / Salud a Bolívar etc etc / De Atahualpa deja / vengados azás / los manes sangrientos / que duerman en paz / El Perú le adora / y Caracas más...* Versos de seis sílabas, posiblemente hechos a imitación de la canción de cuna que en abril de 1810 se improvisó para defender la legitimidad del poder español ante la invasión francesa y que, por decisión del autócrata Antonio Guzmán Blanco se convirtió en Himno Nacional de Venezuela, aunque en realidad no fue cantado jamás por las fuerzas independentistas. En todo caso, Caracas quiso cantarle a Bolívar porque estaba orgullosa de él y quería recuperarlo. No lo recuperó, y menos de tres años después lo rechazó, lo convirtió en enemigo, y Venezuela se separó para siempre del país que Bolívar había creado en Angostura el 17 de diciembre de 1819, justamente once años antes de su muerte física.

27. La despedida del Libertador.

El domingo 14 de junio de 1827 Simón Bolívar llegó muy temprano a la Quinta Anauco. Allí su viejo amigo y pariente, el Marqués del Toro, lo recibió con un almuerzo campestre en el que poco se habló de asuntos de estado. Luego, en la Plaza de la Candelaria, asistió a una fiesta popular en su honor, acompañado por Páez, que se creía músico y disfrutó enormemente su parte de las canciones que en honor de ambos se habían compuesto para la ocasión. Después, el baile y la cena que les organizaron sus tíos Feliciano y Esteban Palacios, la comida que le dio Juan de la Madriz en la casa que vio nacer a Bolívar, unos días en la Hacienda Ibarra, un par de visitas a la Hacienda Bello Monte y al Topo de Bello Monte. Iba a descansar de todo el esfuerzo que había emprendido, pero allí escribió varias cartas llenas de proyectos, en los que está presente la belleza del paisaje, que hoy, a pesar de la agresión urbana, subsiste. Recibió entonces malas noticias de Bogotá. Las gentes de Santander intrigan en su contra. Critican acerbamente la tolerancia de Bolívar hacia Páez y los suyos. Bolívar debe partir. En la madrugada se despide de la montaña aunque no sabe aún que más nunca la verá. Las calles desiertas ignoraron su paso. Poco antes de mediodía Bolívar se embarca en la fragata inglesa "Druid" (que significa *druida*, piache de la civilizada Europa). Era el 5 de julio. Y era jueves.

28. El pequeño monumento de un ególatra.

El Capitolio de Caracas es obra del Septenio de Guzmán Blanco. De los planos y presupuesto se encargó el hijo del prócer Rafael Urdaneta, ingeniero y general Luciano Urdaneta Vargas, quien firmó, el 18 de septiembre de 1872, contrato con la Compañía de Crédito constituida en Junta de Fomento con carácter público y que presidía Juan Röhl. Siete días antes, el gobierno había emitido un decreto ordenando la construcción del edificio. Los trabajos propiamente dichos se iniciaron el 21 de septiembre de 1872, con un carácter muy especial, no sólo de urgencia, sino hasta de operación militar. Tal como lo haría mucho tiempo después el dictador Marcos Pérez Jiménez con la manía de inaugurar obras el 2 de diciembre, Guzmán Blanco ordenó que el edificio estuviera terminado el 20 de febrero de 1873, para conmemorar el aniversario del alzamiento federal de Coro y servir como sede del primer Congreso surgido de la Revolución de Abril. Eso le daba a Urdaneta un máximo de ciento cincuenta y dos días, incluidos el primero y el último, para realizar su proeza. Sólo usó ciento catorce para la primera parte, y el conjunto estuvo listo en 1877, unos días antes de que Guzmán Blanco entregara el poder. Por supuesto, las fiestas de inauguración fueron de un lujo caricaturesco, dignos de una dictadura sudamericana, como para que el mundo entero pudiera reír de tristeza.

29. Autócrata ante el espejo.

A pesar de los esfuerzos hechos en los últimos cien años, nadie ha superado los niveles de adulación a los que se llegó con uno de los gobernantes más corrompidos que ha tenido Venezuela. A Antonio Guzmán Blanco se le llamó públicamente *Ilustre Americano, Pacificador y Regenerador de Venezuela, Invicto Héroe y Padre de la Patria* etcétera etcétera etcétera hasta cansarnos, antes de que en la media noche entre los días 20 y 21 de febrero de 1877, entregara el poder a Jacinto Gutiérrez, Presidente de la Alta Corte, porque ha concluido su período, su famoso Septenio tan rico en edificaciones escénicas que maquillaron la ciudad para convertirla en una *parisita* tropical. Ese día también inauguró el Palacio Federal, el Capitolio, aunque en rigor no estaba del todo listo el conjunto, pues faltaban detalles nimios: la fuente central y las puertas laterales, que serán colocadas por el Gran Demócrata Francisco Linares Alcántara durante su breve reinado. Esos días y esas noches le cantaron y le recitaron toda clase de elogios desmedidos a Guzmán Blanco, que se comparaba a sí mismo con Simón Bolívar. Todos competían entre sí para decirle al hombre lo que el hombre quería escuchar, y todos querían que la prensa oficialista registrara sus elogios, que a pesar del blanco de sus paredes, deben haber sonrojado de vergüenza al Capitolio.

30. Los padres de la patria.

El primer Congreso de Venezuela, que se instaló el 2 de marzo de 1811 en la casa Conde de San Javier, en la esquina de El Conde, tuvo su gran momento de gloria cuando se mudó a la Capilla de Santa Rosa, hoy curiosamente existente dentro del edificio de la Alcaldía de Caracas en la Esquina de Las Monjas. Pronto se vio que los diputados centrarían sus discusiones en cuatro grandes temas: la Constitución Nacional, la declaración de Independencia, la división de la Provincia de Caracas y la eliminación de los fueros eclesiásticos. El tema de la declaración de Independencia se abordó del todo en la sesión del 3 de julio, al ser planteado por el diputado de Guanarito José Luis Cabrera, que era médico. Fue entonces cuando la Capilla de Santa Rosa se convirtió, más allá de toda duda, en el Altar de la Patria. Desde ese día 3 de julio, hasta el 5, discutieron a fondo el asunto, un poco bajo la batuta del caraqueño universal Francisco de Miranda, y luego de argüir sobria y apasionadamente acerca de los derechos del lejano rey Fernando VII, extinguidos según varios de ellos en Bayona, y los derechos del pueblo y de los pueblos a gobernarse soberanamente, demostrados según algunos en Francia y en los Estados Unidos de América, decidieron declarar solemnemente la Independencia absoluta de Venezuela, primer pueblo de nuestra América que se convirtió en República.

31. Los primeros pasos de la república.

El 5 de julio de 1811, luego de declarar la Independencia y crear con orgullo la República de Venezuela de Venezuela, nombraron los diputados el primer gobierno del país, que fue presidido por Cristóbal Mendoza, trujillano ilustrísimo e ilustrado, cuya honestidad y ponderación deberían ser el más notable ejemplo para los jóvenes venezolanos. Lo acompañaron Juan José Escalona, que era militar, y Baltasar Padrón, hacendista. Ese "Triunvirato Ejecutivo" había sido designado por el Congreso Constituyente el 5 de marzo de 1811, en sustitución de la Junta Suprema que gobernó el país desde el 19 de abril de 1810, cuando El Cabildo de Caracas, encabezado por los alcaldes José de las Llamozas y Martín Tovar y Ponte asumió el poder e incorporó a su seno a los diputados que habían participado en las deliberaciones del día. Ya como cabeza de una república independiente, el Triunvirato tomó posesión el 6 de julio de 1811, que es, en consecuencia, la fecha real de nacimiento del Poder Ejecutivo de Venezuela. Previamente, el mismo 5 de julio, Mendoza, Escalona y Padrón suscribieron una proclama. De inmediato fueron nombrados los ministros del Gabinete Ejecutivo. Ahora sí nacía Venezuela del todo. Cinco días después, en la Sabana del Teque, algo al Sur del Cuartel San Carlos, empezaba la guerra.

32. La heroína.

En el espacio que hoy ocupa el Capitolio estuvo el Convento de las Monjas Concepciones, demolido por el gobierno de Antonio Guzmán Blanco en 1872. Allí estuvo reclusa, por órdenes del gobierno realista, Luisa Cáceres de Arismendi, heroína de la independencia y esposa del prócer Juan Bautista Arismendi, cabeza de los partidarios de la emancipación en la isla de Margarita. Ya había estado encerrada en el Castillo de Santa Rosa, en La Asunción, en donde dio ejemplo de integridad y valor, y luego de pasar por el fortín de Pampatar fue trasladada a La Guaira y de allí al convento en calidad de presa. Dos meses antes había dado a luz una niña muerta en la prisión de Santa Rosa, y por eso se decidió trasladarla a Caracas. De allí, luego de muchas vueltas, fue a tener a Cádiz, desde donde pudo fugarse para volver a Margarita en 1818. Murió en Caracas en 1866, luego de enviudar en 1841. Al Convento de Caracas la llevó encadenada el teniente coronel Antonio de Mata Guzmán, que la entregó a las monjas el 22 de marzo de 1816. Ese mismo Guzmán tuvo con su concubina, mal llamada "La Tiñosa", dos hijos que legitimó cuando estuvo preso hacia el final de la guerra de Independencia. Uno de ellos fue Antonio Leocadio Guzmán, que se casó con una parienta de Bolívar, cuatro meses antes de que naciera su hijo, Antonio Guzmán Blanco.

33. La razón de la fuerza.

La última abadesa del rico convento que estaba en donde hoy existe el Capitolio, fue una parienta cercana de Ana Teresa Ibarra Urbaneja, la esposa de Guzmán Blanco. Su nombre de religiosa era Sor María Teresa de las Llagas, civilmente llamada María Teresa de Castro Ibarra, pero de nada le sirvió su parentesco con el Presidente. De él lo único que consiguió fue una respuesta (a la súplica que presentó en nombre de la comunidad) que debe haber sido dictada con una sonrisa de burla, en la que le decía: "Ustedes han servido a Dios según las ideas, leyes y costumbres de su tiempo; y yo sirvo al mismo Dios conforme a las leyes y costumbres del mío". Habría que tratar de averiguar, en el cielo o en el infierno, si con "el mío" se refería el *Ilustre Americano* a su tiempo o, trampeando un poco con las palabras, a su dios. Ya no quedaba, ni siquiera en el cielo, a quien apelar, de manera que las monjas debieron salir del convento el sábado 9 de mayo de 1872. Previamente habían dispuesto de joyas y obras de arte, por lo que el Gobierno emitió una resolución fechada el 13 de abril en la que se prohibía sacar de los conventos bienes muebles de valor. Las pobres monjas tuvieron, además, que soportar las burlas e insultos de los bravucones puestos allí por el gobierno de Guzmán, que se creía la reencarnación de Bolívar y se sentía capaz de humillar a la iglesia.

34. La fuerza de la razón.

Monseñor Juan Bautista Castro Cuevas, expulsado del país cuando el desalojo del convento que ocupaba lo que hoy es el Congreso y finalmente Arzobispo de Caracas, escribió tiempo después una biografía de su última abadesa, Sor María Teresa de las Llagas, en la que dijo: "Sobre el área del Convento de la Inmaculada Concepción se ostenta hoy el Palacio Federal y el Capitolio, bellezas materiales de la Capital, de las cuales nosotros no renegamos, pero cuya construcción hubiéramos querido, como todas las almas honradas, se hubiese llevado al cabo por los procedimientos de la justicia y del respeto a la propiedad". No pasa de ser otro capítulo en el interminable libro de la lucha por el poder, que no siempre se limita a lo humano. Desde luego, tampoco podían faltar otras consejas repetidas a la luz de candiles y a la sombra de botellas. Se dijo, por ejemplo, que al tumbar el convento aparecieron innumerables osamentas, especialmente de niños recién nacidos, productos de la sistemática fornicación entre los frailes franciscanos, cuyo convento estaba calle por medio, hacia el sur, y las monjas Concepciones, que así pecarían con su nombre. Y hasta se dijo que existían túneles que unían ambos conventos y que al parecer no sirvieron, después, para que las luces intelectuales de la Universidad pasaran, aunque fuera bajo tierra, al congreso.

35. El caraqueño universal.

En la esquina de Padre Sierra, estuvo la casa de los grandes personajes caraqueños de la época de oro: Francisco de Miranda, el más universal de todos los venezolanos antes de la aparición en escena de Simón Bolívar. Y hasta después de la aparición de Bolívar, porque son personajes muy distintos. Miranda, si no fuera porque se convirtió en uno de los padres de la patria, y hasta de varias patrias, habría entrado a la historia universal como un ser fascinante del Siglo XVIII, no muy diferente al "caballero" Casanova de Seingalt o a Cagliostro o a Lorenzo da Ponte, el libretista de Mozart. La diferencia esencial es que Miranda orientó buena parte de su energía a una idea grande y trascendente, como lo fue la independencia de la América española. Esa decisión lo convirtió en político, no en simple aventurero, y en un político que supo relacionarse con varios de los personajes más importantes de fines del Siglo XVIII y comienzos del XIX. Se convirtió en una figura ampliamente conocida en toda Europa y, además, testigo y hasta parte de la Revolución Francesa, que al fin y al cabo fue el hecho más notable de la vida Europea (y americana) de ese tiempo. Luego se convirtió en uno de los protagonistas, quizás el más importante de todos, de la revolución de Caracas, que fue el acontecimiento más trascendente de la vida americana (y europea) del suyo.

36. La gratitud de los pueblos.

Cuando Francisco de Miranda, cuya casa caraqueña quedaba en la esquina de Padre Sierra, regresó a Venezuela para convertir en realidad su sueño de una patria independiente, dejó de ser el *Don Giovanni* o el *Don Juan* o el burlador que hablaba varios idiomas y estornudaba levemente al naricear rapé o bailaba minué en las cortes olorosas a talco y afeites, para convertirse en héroe trágico, en voz de la historia que tuvo un fin desdichado (los de Giovanni Giacomo Casanova y Giuseppe Balsamo no lo fueron menos) al tratar de vivir realmente lo que había soñado y encontrarse rodeado de carniceros y panaderos y pequeñoburgueses norteamericanos que quiso convertir en soldados de una causa ajena, primero, y de orgullosos mantuanos que tenían sus ideas propias y lo consideraron un extraño, después. Fue a tener a la prisión de La Carraca, en España, y murió soñando con escapar, un poco a lo barón de Münchhausen. En la esquina de Padre Sierra, desgraciadamente, *no* encontramos su casa sino cualquier feo edificio sin personalidad al que sus constructores tuvieron el descaro de llamar "Edificio Miranda", como para burlarse de la Venezuela petrolera que les permitió hacer el desaguizado para enriquecerse a costa de la historia de un pueblo. Y ni siquiera hay un monumento o un medallón que nos haga recordar que allí vivió el Precursor.

37. La casa de los primeros sueños.

La casa de Miranda en la esquina de Padre Sierra fue comprada por su padre a los hijos de don Francisco Mexía cuando Miranda tenía doce años. Casa "de tapia y rafa cubierta de teja" (...) "con veintiocho varas y un cuarto de solar de frente y seis varas y un cuarto de fondo". De allí partió Francisco hacia otros horizontes, luego de pasar por la desagradable experiencia de que el orgullo y los intereses políticos de los mantuanos vetaran a su padre cuando quiso ser capitán de las Milicias de Blancos de Caracas, no porque fuera comerciante, como se ha dicho, sino porque era europeo. Eran los tiempos del rey Carlos III en España y ya el escenario se estaba preparando para todo lo que vino después, especialmente para el duro proceso de la Independencia venezolana y latinoamericana en general, en el cual Francisco de Miranda tuvo mucho que ver, y dentro de las contradicciones de la realidad, los hijos de los que rechazaron a don Sebastián de Miranda fueron los encargados de llamar a su hijo viajero para que los ayudara en la inmensa empresa independentista que ellos hicieron suya. No pudieron entenderse porque, un poco a causa de aquel primer pleito tan injusto y un poco por lo que había vivido Miranda en el torbellino de la Europa de la Revolución Francesa, cuando se reencontraron, hablaban idiomas diferentes.

38. Los primeros sueños de Miranda.

En los días en que don Sebastián de Miranda y Ravelo compró su casa de la esquina de Padre Sierra, su hijo Francisco entraba a estudiar Latinidad y Menores en la Universidad de Caracas, a un cuadra hacia el Este de su vivienda, y todas las mañanas pasaba con sus sueños frente al convento de las monjas Concepciones. A los veintiún años atravesó la mar oceánica, se compró una flauta, se hizo trajes a la moda y estudió inglés, francés y geografía, además de comprar libros y una plaza de oficial en el ejército español y terminar peleado a muerte con su superior. Como oficial español peleó contra los ingleses, en Pensacola, en Florida, en ayuda de los independentistas norteamericanos. Después, en La Habana, se topó de frente con la injusticia, tras haberse destacado como oficial y llegar a teniente coronel. A los treinta y tres años huye y se refugia en los Estados Unidos, casi dos meses antes del nacimiento de Bolívar, y allí se relaciona con Washington, Adams, Hamilton y La Fayette. Pero también con diez jovencitas encantadoras. Así se iniciaron sus tres carreras: la del político que quiere la independencia de la antigua América española, la del viajero que recorre el mundo entero aprendiendo y escribiendo y buscando apoyo para su proyecto, y la del mujeriego y galante que también anota con especial gracia sus conquistas.

39. Los últimos sueños de Miranda.

Cuando en Caracas los jóvenes mantuanos, que se deslindan de sus padres, en buena parte lo hacen gracias a las ideas de Francisco de Miranda. Bolívar, Bello y Luis López Méndez (que era sobrino político de Miranda), fueron en misión a Londres a raíz del 19 de abril, y Bolívar lo invitó a regresar. Era un personaje extrañísimo, con sus casacas de colores chillones, su peluca blanca, su zarcillo en la oreja, su acento que ya no tenía nada de caraqueño ni de español, sino un poco de inglés y de francés con un mucho de universal. A los caraqueños debe haberles resultado indigerible aquel hombre que sabía bailar minué y besar las manos de las damas con delicadeza y codicia. Y, sin embargo, en 1811 y 1812 llegó a ser factor importantísimo en la verdadera Independencia. Era el hombre que casi durante medio siglo había venido gestando la creación de una república en los territorios que los españoles ocuparon desde el Descubrimiento, y entre todos los nacidos en ellos, el que tenía más títulos y conocimientos para lograrlo. Lamentablemente tardó demasiado en conseguir su primera oportunidad cierta. Y las circunstancias lo obligaron a tratar de gobernar lo ingobernable. Para él, la aventura real terminaba allí, exactamente en donde empezaba para Simón Bolívar, que fue uno de los que arrestó al Generalísimo cuando se preparaba a escapar de la furia monárquica.

40. El despertar de Miranda.

Francisco de Miranda fue arrestado por los españoles cuando trataba de embarcarse después del fracaso de la Primera República y cuando un tal De Casas lo entregó a los españoles. Fue necesario, era indispensable para que la Revolución de Caracas pudiera seguir su camino. Porque Bolívar y Rivas y los Salías ya no se conformaban, como sus padres y sus tíos, con la independencia. Querían una verdadera revolución, más seria y más profunda que la francesa. Y la emprendieron hasta convertirse en la única clase que se ha suicidado no por defender sus privilegios, como las noblezas de Francia y de Rusia, sino por abolirlos. La hicieron al extremo de que otras, como la mexicana, la rusa y la china, que llegaron un siglo o un siglo y tanto después que ella, consiguieron lo mismo o poco más que la de Caracas. Los jóvenes caraqueños lograron tanto, que si en Venezuela se hiciera lo mismo que lograron la mexicana, la rusa o la china en sus ambientes, se produciría un verdadero retroceso. Y es posible que eso lo intuyera el Precursor en su último día de libertad. Es terrible imaginar los pensamientos que debe haber tenido Miranda en aquella oscura madrugada. "Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche", es lo último que de él se recuerda en Caracas. Y tenía razón. Tanta, que en la esquina de Padre Sierra no dejaron ni el recuerdo de su casa.

41. La casa donde nació el héroe.

Por un auténtico milagro, la casa en donde nació Simón Bolívar casi existe todavía. Aunque la que está ahí no es la misma que vio nacer al Libertador sino una que siguió sus líneas y mantuvo más o menos su tamaño, por lo menos no fue sustituida por un edificio de siete pisos con vitrinas abajo para vender ropa interior de señoras, un restaurante de comida rápida y varios tenderetes de mala muerte. Es posible que hayan estado a punto de hacerlo, sí, pero no lo lograron. Hoy se ve extraña debido a la intervención que se le hizo para "restaurarla" en 1926, cuando en Venezuela nadie sabía nada de eso. En realidad construyeron una nueva casa en donde estuvo la de los Bolívar, cubrieron su fachada de mármol, la llenaron de lienzos y de frescos, construyeron ambientes que no tienen nada que ver con las casas de la antigua Caracas, cuyos modelos aún tenían en aquellos días a la vista. Fue una restauración hecha con la mejor voluntad del mundo, pero con criterios que en ese tiempo imperaban y hoy sabemos que no eran los mejores. Con mucha voluntad pero con poca escuela. Cosas del tiempo en que se hizo, cuando todavía no había experiencia en eso de restaurar ambientes. Sin embargo, es un sitio digno de ser visitado, un lugar para honrar la memoria del mejor de todos los venezolanos y no un templo de alguna religión exótica sudamericana.

42. El Nudo de la casa.

La casa en donde nació Simón Bolívar había sido de doña María Josefa Marín de Narváez, esposa de Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro. Doña Josefa era hija natural reconocida del capitán Francisco Marín de Narváez y protagonista del caso que se ha llamado "el Nudo de la Marín", mediante el cual los enemigos de Bolívar han querido demostrar que entre los ascendientes del Libertador había una negra o una mestiza o una india (con lo cual, de paso, demostraron su racismo). El bautismo de doña Josefa fue asentado en el Libro V de Bautismos de Blancos de la catedral del Caracas el 26 de abril de 1669, y en el testamento de su padre se lee: "Tengo una hija natural y por tal la reconozco, nombrada Josefa, a la cual hube en una doncella principal," etcétera. Era, pues, de origen español aunque a los usos de su tiempo con el estigma de no ser hija de una pareja casada. Por ella heredó tiempo después su descendiente Simón Bolívar las minas de Aroa. Su hija, Petronila, fue la segunda esposa de don Juan de Bolívar y Martínez de Villegas, hijo de Luis de Bolívar Rebolledo, y dueño de casi todos los valles de Aragua, que en 1728 pagó 22.000 ducados a la Corona de España para obtener los títulos de Marqués de San Luis y Vizconde de Cocorote que, afortunadamente, su nieto Simón nunca hubiera podido usar.

43. El huérfano permanente.

En rigor, Simón Bolívar vivió muy poco tiempo en la casa en donde nació. A los dos años y medio, huérfano de padre, se mudó a la casa de su abuelo Palacios, ubicada en la misma manzana. La casa se queda entonces sola, salvo por los esclavos que la cuidan y duermen en ella. De día sirve para que los niños reciban clases, pero en las noches se van a dormir a la casa de sus abuelos. Luego quedará la casa sin risas, cuando el joven Simón viaje a Europa. En 1806 Juan Vicente, el hermano mayor, decide vender la casa en la que nacieron él y sus hermanos a don Juan de la Madriz, casado con su pariente Teresa Madriz Jerez de Aristeguieta y Bolívar. Bolívar volverá a verla por dentro en 1827, durante su última visita a Caracas, cuando lo reciben en ella sus parientes, Juan de la Madriz y Teresa Madriz y Jerez de Aristeguieta. La casa no está igual, a raíz del terremoto de 1812 fue modificada por dentro. Cuando los anfitriones y los invitados pasan a la mesa. Bolívar, al ver el lugar que le han dispuesto, se da cuenta: lo han colocado en el sitio en donde nació. Nadie sabe lo que ocurrió en realidad esa noche. Cuentan que Bolívar lloró en silencio de emoción. O quizá porque presentía que estaba viviendo los últimos instantes de felicidad en toda su vida.

44. Los pequeños dioses.

Casi medio siglo más permaneció la Casa Natal de Bolívar en poder de los Madriz, hasta que la compró otro pariente, Antonio Guzmán Blanco. 1876 es el año del apogeo del *Ilustre Americano*. Se ha hecho erigir dos estatuas, una en el *boulevard* entre el Capitolio y la Universidad que ocupa el antiguo convento de San Francisco, ecuestre, que la gente empezará a llamar "El Saludante" y otra, pedestre, en la colina de El Calvario, donde parece imponerse a la ciudad en pleno, y será la llamada "Manganzón"; es el año en que la basílica que se ha levantado en donde estaba San Felipe Neri, se llama "Santa Ana" y "Santa Teresa" en honor a Ana Teresa Ibarra Urbaneja de Guzmán Blanco; es también el año en que se tumban los templos de San Jacinto y de San Pablo, uno para hacer el Mercado y el otro para construir el Teatro Guzmán Blanco, después Teatro Municipal; y el año en que se inaugura el templo masónico, levantado en el terreno en donde estuvo la casa de los Ribas; y es también el año en que con gran pompa y circunstancia se trasladan los restos del Libertador Simón Bolívar de la Catedral al Panteón Nacional, antigua iglesia de La Trinidad, que se convierte así en templo laico para honrar a los héroes de la patria. Es, pues, el año de la megalomanía bolivariana que tanto daña a Bolívar, que fue un ser humano extraordinario, pero no un dios ni un semidiós.

45. Los intereses de la patria.

Antonio Guzmán Blanco, aunque proclamaba su adoración por Simón Bolívar, que era su pariente y su paradigma, no le hizo el más mínimo homenaje en lo relativo a su casa: lejos de convertirla en centro de devoción al dios local, la alquiló a unos comerciantes de víveres, que en el sitio exacto en donde el Libertador nació, en el mismo en que se sentó a cenar en 1827, colocaron fardos de yucas y cebollas malolientes. En 1883, cuando se cumplió un siglo del nacimiento de Bolívar y el gobierno de Guzmán inauguró la Santa Capilla y estatuas de Miranda, Vargas, Washington, Cajigal y un héroe de muy pocas batallas llamado Antonio Leocadio Guzmán, con respecto a la casa natal del Libertador Bolívar se limitó a poner una placa: "Simón Bolívar nació en esta casa el 24 de julio de 1783". Después habrá una mucho mayor que dirá "Perrenoud y Beiner, depósito de Relojes y Joyería". En 1889 a duras penas se salva del saqueo, cuando las multitudes, enardecidas contra Guzmán Blanco, arremeten contra sus propiedades y tumban sus estatuas. Se propone entonces que la casa pase a ser patrimonio nacional, de todos los venezolanos, y así lo aprueba el Congreso un par de años después. Se destinará a museo histórico venezolano. Pero de la manera más fría, Guzmán Blanco exige que se le pague dinero, mucho dinero, por la casa, que pronto se convertirá en ruina.

46. La sociedad de los dioses.

En el complicado período de fin del siglo XIX, la Casa Natal de Bolívar llegó al borde de la ruina. Cuando se iba a cumplir un siglo del 19 de abril, renació la idea de convertirla en museo y se creó una nueva *Sociedad Patriótica*, no es el alcanzar la independencia e imponer el régimen republicano, sino para rescatar la casa de quien lo consiguió en el siglo anterior. La nueva Sociedad Patriótica abre una suscripción popular para comprarle la casa a los herederos de Guzmán Blanco y donársela a la Nación. Después de superar varios atrasos, por fin logran su propósito y el 14 de octubre de 1912 se perfecciona la compraventa por ciento catorce mil trescientos veintiséis bolívares con ochenta céntimos, y el 28 de octubre, día de San Simón, se produce la donación del inmueble a la nación, representada en ese acto por el Benemérito General Juan Vicente Gómez, no sólo como Presidente de la República, sino también como Jefe del Consejo de la *Orden del Busto del Libertador*. Cuatro años después, un decreto firmado por el Presidente Provisional de la República, doctor Victorino Márquez Bustillos, ordena la reconstrucción del inmueble, pero no hay recursos suficientes. Los recursos se logran gracias a la iniciativa privada, representada por un grupo de banqueros, intelectuales y hombres de empresa, que reúnen con gran esfuerzo el dinero necesario para salvar la casa del Libertador.

47. La casa que ya no existe.

En 1925 empezaron los trabajos de reparación y reconstrucción de la Casa Natal de Bolívar. Antonio Malausena, Luis Malausena y Alejandro Chataing son los arquitectos que se encargan, junto con Manuel Segundo Sánchez, Carlos Witzke y Manuel Landaeta Rosales, de llevar adelante la obra. Francisco Piñero y Marcos Tovar son los maestros de obra, Ricardo Hernández y Torcuato Flores los ebanistas. Trescientos veinticinco mil trescientos veintidós bolívares con cuarenta y cuatro céntimos cuesta la edificación. Le encargan a Tito Salas que haga lo que hizo: un fresco donde representa la Sociedad Patriótica y varios lienzos en los que hay escenas de la historia de Venezuela. Ya no habrá yuca ni cebolla en donde nació Bolívar, el hombre triste que el 10 de julio de 1825 le escribió a su tío Esteban Palacios, en el llamado "Testamento del Cuzco", estas palabras: *¿Dónde está Caracas? se preguntará Vd. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que tuvo, han quedado resplandecientes de libertad; y están cubiertos de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas, a lo menos, este es el mío; y deseo que sea el de Vd.* La casa en la que nació, tampoco existe. En su lugar hay otra que hombres de buena voluntad levantaron en su memoria en esa Caracas que ya no existe.

48. Las sociedades de la esquina.

Arístides Rojas, Carmen Clemente Travieso y otros autores se equivocaron al suponer que la esquina de Sociedad debe su nombre a la Sociedad Patriótica. Cuando se creó la Sociedad Patriótica ya la esquina tenía mucho tiempo con el nombre de esquina de Sociedad. También erró Enrique Bernardo Núñez al suponer que el nombre parte de una *Sociedad de Economía y Amigos del País*. La esquina en realidad tomó su nombre de la *Sociedad de Amigos del Comercio de Caracas, o Sociedad de Comercio*, a solas, que fue como terminó llamándose durante su brevísima existencia, y que creada cuando era rey Carlos IV. Fue promovida, posiblemente tomando como modelo las Sociedades de Amigos del País creadas en España en tiempos de Carlos III, por un grupo de comerciantes que encabezaban Bruno Ignacio de Abasolo y Fernando Key Muñoz, vasco el uno y canario el otro. Key, el canario, fue Secretario de Hacienda de la Junta de 1810, y su posición durante el proceso de emancipación fue extrañísima, o, más que extraña, demasiado pragmática: se pasaba de un bando a otro sin un ápice de vergüenza. En realidad nunca fue partidario de la República ni de la Independencia, y murió en las Islas Canarias, en donde había nacido, luego de alejarse de Venezuela y pasar más de treinta años metido en pleitos judiciales contra sus antiguos socios de Caracas.

49. L gran sociedad.

Aunque no haya relación alguna en cuanto a nombre, en la esquina de Sociedad estuvo la sede de la Sociedad Patriótica. La idea de crear en Caracas una sociedad al estilo de las que existían en Francia en tiempos de la revolución, debe haber sido de Francisco de Miranda o de Simón Bolívar. Miranda las había visto funcionar cuando vivió en la Francia revolucionaria, en tiempos de la Convención y del Directorio; y Bolívar, antes y después de enviudar, estuvo en territorio francés, en donde trató el tema de la revolución con Simón Rodríguez, además de que conoció de cerca a muchos personajes de distinta importancia de los que participaron en los sucesos franceses de fines del Siglo XVIII y comienzos del XIX. Existen pruebas claras de que durante su estada en Londres tanto Simón Bolívar como Andrés Bello fueron conquistados por don Francisco de Miranda para la bellísima idea de crear una gran república independiente y libre que cubriera todo el territorio de la América española. Miranda regresó a Caracas con Bolívar, en septiembre de 1810, y con ellos vino el francés Pedro Antonio Leleux, que actuaba como Secretario de Bolívar y luego fue Secretario y Edecán de Miranda. A Leleux se debe que se haya salvado el archivo del Precursor. En sus memorias, escritas en 1841, cuenta que participó en la creación de la Sociedad Patriótica junto a Miranda y Bolívar.

50. La sociedad de los sueños.

La Sociedad Patriótica fue el partido de los que aspiraban a ir mucho más allá de la conservación de derechos de los reyes españoles en territorio americano. De origen mantuano casi todos, como Bolívar, Soublette o los Salias, eran los partidarios de una revolución que así se deslindaban del todo de los mantuanos de la generación anterior, quienes, si bien aceptaban la idea de la autonomía, lo hacían con una connotación más comercial que política y social, y se conformaban con una soberanía política, parecida a la que terminaron dando los ingleses a las colonias que no se alzaron del todo. Miranda llevaba la batuta, y trataba de contener la fogosidad de los socios. En Europa estuvo preso varios años por no ser tan revolucionario como los que estaban en el poder. Aquí quería evitar que esas situaciones se repitieran. Pero, primero, era necesario que se creara el país nuevo, el país que había venido promoviendo desde su eterno exilio. La república que se llamaría Colombia en honor al descubridor y habría que hacerla por cuotas, pero hacerla. Algo así como lo que mucho tiempo después, entre los socialistas ingleses, se llamaría movimiento *fabiano*. El primer paso se podía dar en Caracas, en su ciudad natal. La Sociedad Patriótica, el Club que no quería tan jacobino, pero sí lo suficientemente fuerte como para imponer sus puntos de vista, era el instrumento que necesitaba.

51. Los verdaderos patriotas.

Los miembros de la Sociedad Patriótica se reunían en su sede de la esquina de Sociedad a partir de las seis de la tarde en asambleas que duraban hasta media noche y en sus filas no hubo distinciones de clase social ni de sexo, en una época en la que era muy difícil que se admitiera a mujeres en ese tipo de actividad. Era un verdadero partido político de vanguardia. Promovieron y hasta pusieron a circular un periódico llamado *El Patriota de Venezuela*, del que se conocen cuatro números aunque se sabe que hubo siete. Hicieron cuanto les fue posible por propagar sus ideas, no sólo con la publicación, sino con actos públicos, como los del primer aniversario del 19 de abril de 1810, en el cual levantaron un "árbol de la libertad" frente a la casa, hoy inexistente, en la que pasó Emparan su última noche en la Caracas que no quiso su mando, Madrices a Ibarra 1. En su sede de Sociedad colocaron retratos de Gual y España, para dar a entender que se solidarizaban con aquel movimiento. Y hasta fundaron una "Tienda de los Patriotas" para vender objetos de proselitismo y a la vez recoger dinero, que necesitaban para sus actividades de agitación y propaganda. Definitivamente, no han inventado nada los activistas políticos de nuestro tiempo, aunque no es fácil comparar a aquellos, que eran hombres y mujeres ilustrados e ilustres, con los que hoy se ven en las calles y las plazas.

52. Canto de la anarquía.

No le era fácil a Miranda contener el extremismo en la Sociedad Patriótica. Así, frente a la tesis de que la Independencia absoluta podía abrirle la puerta a la anarquía, Coto Paúl dijo: *¡La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera oncosa. ¡La anarquía! cuando los dioses de los débiles -la desconfianza y el pavor- la maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. ¡Señores! Que la anarquía con su antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a los facciosos del orden y le sigan por calles y plazas gritando ¡libertad! Para reanimar el Mar muerto del Congreso estamos aquí en la alta Montaña de la santa demagogia. ¡Cuando éste haya destruido lo presente y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzaré la libertad!...* Un discurso que bien podría haberse pronunciado en Cataluña ciento veinticinco años después. Se habló entonces de la existencia de dos congresos, uno que no se atrevería a contravenir los intereses de los poderosos, que era el Constituyente, y otro que representaba el sentir del pueblo, que era la Sociedad Patriótica. Eran dos generaciones, la de los mantuanos que sólo buscaba la independencia, y la de sus hijos, que querían la revolución total, y la lograron.

53. El primer grito del héroe.

En las reuniones de la Sociedad Patriótica, en la esquina de Sociedad, se inició la carrera política de Simón Bolívar, cuando la noche del 3 de julio de 1811 contuvo el alma y alzó la voz para decir algo que ha quedado en la historia: *¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan?.* El 4 de julio, en la mañana, una delegación de la Sociedad presentó un escrito a los constituyentes exigiendo la declaración de Independencia, y el 5, cuando se produjo, Francisco de Miranda, que era miembro de los dos cuerpos, alentó la celebración en las barras y salió a la calle al frente de una manifestación de apoyo a lo que se acababa de producir. Días de alegría, que pronto se agriaron al recibirse noticias de la resistencia que se levantaba en varios puntos del país. La Sociedad se fue extendiendo, mediante filiales en diversas ciudades, tales Puerto Cabello, Barcelona y Barinas. Hacia finales de 1811 ya se veía que la actitud jacobina había tomado cuerpo en la Sociedad. Luego del terremoto de 1812, mientras la Primera República empezó a ser devorada por la reacción, la Sociedad Patriótica entró en franca desbandada. Sus archivos, a pesar del intento de Pedro Pellín por preservarlos en una hacienda de Barlovento, no se salvaron de la destrucción. El trópico, el de *La Vorágine*, cobraba su inexorable cuota, como ahora lo hace el petróleo.

54. Los manejos oscuros del mar.

En la esquina de Sociedad estuvieron las oficinas caraqueñas de la Compañía Guipuzcoana, una Sociedad o Corporación creada en el Siglo XVIII para administrar el comercio entre Venezuela y España, que en la práctica significaba monopolizar el comercio exterior de Venezuela. La idea de constituirla se planteó a raíz del informe presentado a la corona por Pedro José de Olavarriaga y Urquieta, Juez de Comisión para la erradicación del contrabando en Venezuela, que visitó en país entre 1718 y 1721 acompañado por Pedro Martín Beato, que tenía los mismos títulos e intenciones. Ambos verificaron la práctica generalizada del contrabando, especialmente con los holandeses, y se enfrentaron con alcaldes, ayuntamientos y gobernadores por igual. Lograron la destitución del gobernador y capitán general de Venezuela Marcos de Betancourt y Castro (cuya combinación de nombres es como para asustar a cualquier venezolano del siglo XX), a quien acusaron de amparador del trato ilícito, pero no podemos saber si sus razones no estaban levemente contaminadas con intereses distintos a los de la santidad de la ley, a pesar de la beatitud del apellido de uno de ellos. Olavarriaga se hace especialmente sospechoso, porque fue el promotor y primer Director General de la Compañía. El tráfico de influencias, como se ve, no es nada nuevo en Venezuela.

55. La mala compañía.

Una Real Cédula del 28 de septiembre de 1728 le otorgó el monopolio absoluto del comercio venezolano a la Compañía Guipuzcoana. El nuevo gobernador y capitán general de Venezuela, don Diego Portales y Meneses, aliado con el Obispo don Juan de Escalona y Calatayud, tratará de oponerse al establecimiento de la Compañía, pero sin éxito. Se le enfrenta el partido del Ayuntamiento, dominado por los mantuanos criollos, que tienen intereses en la nueva Compañía. "El primer accionista de la Compañía fue el rey Felipe V, quien recibió 200 acciones por valor de 100.000 pesos. La provincia de Guipúzcoa suscribió 100 acciones, y en 1760 eran también accionistas individuos de las familias caraqueñas Toro, Bolívar, Ibarra, Tovar, Ascanio, La Madrid, etc. Los accionistas llegaron a recibir hasta el 160% del capital vertido". Olavarriaga, el promotor y primer Director General sabía lo que hacía. Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que se dieran cuenta los mantuanos de que se habían equivocado. La Guipuzcoana significaba que no podrían comerciar directamente con España o con México, ni mucho menos con los ingleses o los holandeses, sino que todo lo tendrían que hacer a través de la Compañía. Y no era solamente la exportación, sino la importación lo que se veía afectado. Los mantuanos de Caracas habían caído en la trampa.

56. El primer alzado.

Muy poco tiempo después de establecida la Compañía Guipuzcoana debió enfrentar el primer caso de resistencia armada en su contra, que fue la Rebelión de Andresote, en 1731. Un intento demasiado primitivo, demasiado alejado de lo civilizado como para que pudiera tener algún éxito. Andrés López del Rosario, al frente de un nutrido grupo de indios, mestizos, mulatos y negros cimarrones, se declaró en abierta rebelión contra las autoridades y contra la Guipuzcoana en lo que hoy es Boca de Yaracuy, entre Morón y Boca de Aroa. Era la salida natural de los productos de la región yaracuyana, cuyos productores intercambiaban mercancías provenientes de Curazao por cacao y tabaco. Debía ser un ejército muy extraño, armado con cerbatanas, armas blancas, piedras y algunas armas de fuego que les quitaban a los contrarios, pero dio bastante que hacer. Mucho le costó al gobernador y capitán general de Venezuela, Sebastián García de la Torre, vencer a Andresote y los suyos. En definitiva, de aquello no quedó otra cosa que un sabor equívoco y la historia que debe haber pasado de padres a hijos, hasta que, tres generaciones después, brotó de la tierra caliente otro movimiento de hombres preteridos y explotados, que se unió a Boves, en contra de la Independencia y, afortunadamente para la patria, terminó respaldando a Bolívar y al *Catire* Páez en contra del poder español.

57. El primer rebelde.

Uno de los efectos más importantes de la presencia de la Compañía Guipuzcoana fue la rebelión de Juan Francisco de León, entre 1749 y 1751, y una de las causas fundamentales del proceso independentista de Venezuela. De León era un canario que vivía en la Candelaria con su mujer y muchos hijos, y que fundó Panaquire, en Barlovento, donde consiguió el cargo de Justicia Mayor. En marzo de 1749 los jefes de la Guipuzcoana decidieron sustituirlo por un vasco, llamado Juan Martín de Echeverría. De León se negó a entregar el cargo, y al frente de unos ochocientos hombres marchó en son de guerra hacia Caracas. Tomó la Plaza Mayor el 20 de abril, y el gobernador y capitán general de turno, un tal Luis Francisco de Castellanos, le hizo creer que cedía, pero no cumplió lo prometido, por lo que De León vuelve al ataque, esta vez con ocho mil hombres y el gobernador Castellanos no resiste. La rebelión sigue su curso. El 22 de junio de 1751 llega a Caracas Felipe Ricardos, nuevo gobernador y capitán general que promete el perdón para los sublevados. Y no cumple. De León, su hijo Nicolás y otros fueron remitidos con grillos y cadenas a España. Todos pudieron regresar a Venezuela, menos Juan Francisco, que murió a los sesenta años y sin sospechar que había pasado a la historia como un héroe, como el verdadero Precursor de la Independencia.

58. La casa de Judas.

En la esquina de Sociedad estuvo la casa del Marqués de Casa León, Antonio Fernández de León, nacido en España en torno a 1750 y llegado a Caracas con su hermano Esteban, traídos por otro hermano cura. Esteban volvió a España rico y poderoso. Antonio fue hombre de confianza de la corona española y casó con mujer muy rica, dueña de haciendas en Maracay y Turmero. En 1808 participó en la Conspiración de los Mantuanos y fue remitido a Sevilla, preso. Su hermano Esteban hace valer sus influencias, lo absuelven y se convierte en noble con el título de Marqués de Casa León. De regreso en Caracas, la Junta Suprema que gobierna a raíz del 19 de abril y Francisco de Miranda le dan altos cargos, tal como los españoles al caer la primera república, luego Bolívar lo nombra Director de Rentas del Estado y Boves lo designa Jefe Político de la Provincia y Presidente del Tribunal Supremo español en Venezuela. Pablo Morillo lo vuelve a embarcar hacia Sevilla, para que responda por su actuación como patriota. Regresará a Venezuela nuevamente libre y poderoso, hasta la batalla de Carabobo, cuando tiene que huir. Termina en Puerto Rico, arruinado porque le embargaron todos sus bienes y tiene que vivir de la caridad de los Bolívar, pues el Libertador le pidió a su hermana María Antonia que lo auxiliara. Un prodigio camaleónico muy difícil de igualar.

59. La casa del primer baño.

En la nada de la esquina de Camejo, deberíamos encontrarnos con una de las casas que bastarían, por sí solas, para contar la historia de Venezuela. O casi toda la historia de Venezuela. Se trata de la casa que sirvió de sede al gobierno de la Intendencia de Venezuela, que luego fue casa de Gobierno de Venezuela, hasta que el poder público se mudó a la casa Amarilla, y después alojó importantes establecimientos, entre ellos, cuando su fundación, el *Banco de Venezuela*, tal como el *Banco Mercantil y Agrícola* (hoy *Banco Mercantil*, a secas). Mucho tiempo atrás, la casa se había hecho célebre en toda la ciudad porque fue la primera en tener un verdadero baño. Es de imaginarse cuál sería el olor de los caraqueños de entonces. La casa se hizo en terrenos que fueron del comerciante vasco don Juan Bautista de Echezuría, que le vendió a su yerno, don Miguel de Jáuregui, dos casas ubicadas en lo que hoy se conocería como esquina de Camejo. Y don Jáuregui tumbó las dos casas que allí había y se hizo una digna de príncipes, de dos pisos y con cinco balcones en su frente Este y ocho en el Norte. Y baño. La casa se edificó en 1795, pasó a ser propiedad pública en 1813 y, además de servir entre otras cosas para fiestas en honor a Bolívar, en 1827, se convirtió en sede del gobierno regional durante el período en que Venezuela fue parte de la Gran Colombia.

60. El primer civil de la república.

En la esquina de Camejo, en donde hoy no hay nada, estuvo la primera Casa de Gobierno de Venezuela, en donde actuó como Intendente de Venezuela Cristóbal Mendoza, el primer Presidente del país, y uno de los hombres más honorables que ha conocido la república. Es uno de los personajes fundamentales de la historia de Venezuela, no sólo por haber sido el primero en ser nombrado Presidente de la República, sino porque, habiendo sido Presidente, murió pobre y universalmente respetado. Nació en Trujillo, el 23 de junio de 1773. Era hijo de Luis Bernardo Hurtado de Mendoza y Gertrudis Eulalia Montilla Briceño. Se hizo abogado en las universidades de Caracas y de Santo Domingo y ejerció en Trujillo, Mérida y Barinas. En 1811 es elegido Primer Presidente del Triunvirato que va a gobernar a Venezuela y le corresponde refrendar el Acta de Independencia del 5 de julio de 1811. Luego de muchas vicisitudes y exilios durante la Guerra de Independencia, en la que se convierte en el más notable colaborador civil y civilista del Libertador, fue nombrado Intendente del Departamento de Venezuela, cuando se iniciaba la *Cosíata*, el movimiento que separó a Venezuela de la Gran Colombia. Enfrentó a Páez y fue ratificado en su cargo por Bolívar. Después, la enfermedad lo obligó a renunciar. Murió el 8 de febrero de 1829, en medio de la más noble de las pobreza.

61. Comienzo de juego.

A Cristóbal Mendoza lo sustituyó, en la casa de Camejo nada menos que el general José Antonio Páez. La casa se hace testigo de muchos hechos históricos importantes. La primera Presidencia de Páez, durante la cual pidió que se decretaran honores a Simón Bolívar. La elección de José María Vargas, que aun siendo independentista no había militado contra el poder español y ahora era apoyado por muchos que sí lo hicieron, y la derrota del Carlos Soublette y de Páez, que sí combatieron y tenían el apoyo de sus antiguos enemigos. La *Revolución de las Reformas*, llevada a cabo contra Vargas en 1835 y 1835 por la clase poderosa. La renuncia de Vargas, poco después de haber sido reinstalado en el poder. El gobierno de Andrés Narvarte. La presidencia de Soublette, que termina siendo Vicepresidente de Páez, cuando Páez es designado Presidente para el lapso 1839-1843. Y es entonces cuando la casa de los Jáuregui deja de tener en su seno todo aquel mundo de locos. No le toca ver nada de lo que sigue. Ni la Presidencia, ahora sí en propiedad, de Soublette. Ni el alzamiento de Antonio Leocadio Guzmán, ni la Presidencia de José Tadeo Monagas, que impone como sucesor a su hermano José Gregorio, y Venezuela entra en un espiral de disparates del que todavía no ha salido. Tanto, que una casa tan importante fue demolida por la piqueta del falso progreso.

62. El convento bondadoso.

El Convento de San Francisco, cuyo espacio ocupan hoy las academias, la Biblioteca Nacional y otras instituciones, se construyó inicialmente entre 1584 y 1587. En realidad, no se inauguró sino en el año 1600, sin mayores ceremonias. En 1607 alojaba a ocho sacerdotes, cantidad mínima exigida por las leyes eclesiásticas para que se le considerara Convento Mayor, y varios legos y religiosos no sacerdotes. Pero el Obispo Fray Antonio de Alzaga, franciscano él mismo y de visita pastoral ese año en Santiago de León, lo encuentra "en una espantosa miseria". A pesar de ese comienzo tan poco auspicioso, el Convento parece irse asentando, lo mismo que el templo que forma parte del conjunto y ya en 1641 tiene varias capillas donadas por las familias importantes de la pequeña ciudad. A comienzos de ese Siglo XVII se convirtió en la sede de las autoridades de la Provincia de Santa Cruz de la Española y Caracas, lo que permitió que se volviera también noviciado con estudios de Gramática. En 1619 se establecieron en la institución los llamados Estudios Mayores, en Filosofía y en Teología. Cuando ocurrió el terremoto del 11 de junio de 1641, que causó graves daños al Convento, tal como al resto de las edificaciones de Santiago de León de Caracas, había en San Francisco más de cuarenta sacerdotes, y en él seguían estudios tanto religiosos como seculares.

63. La casa del saber.

El 22 de diciembre de 1721 Felipe V emitió una real cédula firmada en Lerma, en la que autorizó la creación de la Universidad de Caracas, a la que el Papa Inocencio XIII otorgó carácter de pontificia en 1722. Así se coronó la relación mutua entre los conventos de San Francisco y de San Jacinto y el antiguo Seminario de Santa Rosa al crearse la nueva Universidad, cuya sede, a partir de abril de 1865, fue el antiguo Convento de San Francisco. Desde 1764 funcionó en el Convento una escuela de primeras letras, que entre sus alumnos tuvo a un niño díscolo, extremadamente inteligente y rico, llamado Simón Bolívar. Durante el Siglo XVIII muchísimos franciscanos estuvieron ligados a la Universidad de Caracas. Entre ellos el padre Agustín de Quevedo y Villegas, sobrino del autor del *Buscón* y muchas otras obras satíricas y de diferentes géneros, Bartolomé de Villanueva, Tomás Valero, Juan Antonio Navarrete, Ildelfonso Aguinagalde, Ignacio Álvarez, Rafael Ávalos, Joaquín Castilloveitia, Lucas Francisco Martel, Tomás Pereira, Francisco de la Puerta y Juan José Ravelo fueron personas destacadas en su tiempo. El Convento de San Francisco fue, a lo largo de mucho tiempo, uno de los centros de formación e irradiación de cultura más importantes del país.

64. El templo de mucha luz.

El Jueves Santo, 26 de marzo de 1812, con el terremoto, estuvo a punto de terminar la historia del Convento de San Francisco, y con la guerra que vino inmediatamente después, los conventos -como todo el país- quedaron heridos de muerte. Muchos no sobrevivieron, otros, como el de San Francisco, quedaron mal, pero aún vivían cuando pasó la tormenta. Fue utilizado como cuartel y como hospital, y en varias oportunidades se convirtió en lugar de reuniones políticas en tiempos de agitación y de miedos. Al final del proceso, San Francisco se había salvado, pero había perdido buena parte de sus riquezas. Muchas fueron las cosas que ocurrieron en su espacio y poco a poco se fue alejando de sus techos el fervor religioso. Su templo, que había sido el sitio en donde Bolívar recibió el título de Libertador, recibió el cuerpo sin vida de Bolívar el 17 de diciembre de 1842. El Convento fue abandonado día a día, noche a noche, por sus monjes, que se iban yendo, uno a uno, a la otra vida. Sus viejos salones se convirtieron en sede del Congreso, para después transformarse definitivamente en la sede de la Universidad Central de Venezuela. Ya no era la luz de los misterios lo que habitaba sus espacios, sino la nueva luz de la sabiduría. Y toda su historia religiosa terminó el 19 de enero de 1882, cuando murieron el Convento y Fray Carlos de Arrambide, que fue el último abad de sus sombras.

65. El hombre que hizo lo imposible.

El más grande de los caraqueños, Simón Bolívar, vivió en el templo de San Francisco su momento más alto, cuando después de la Campaña Admirable recibió en él el título de Libertador. Aquel caraqueño que en 1812 dejó el puerto de La Guaira derrotado, fue a Cartagena, logró convencer a los neogranadinos de que le permitieran intentar la reconquista de Venezuela, y coronó su proeza el 14 de agosto de 1814, cuando el Poder Público, la Municipalidad y los Notables de la Ciudad, lo aclamaron como capitán general de los Ejércitos y le dieron el título de Libertador de Venezuela. Era el mayor reconocimiento posible a un hombre que había hecho lo imposible, y que respondió con un discurso emocionado en el que dijo: "Me aclaman Vuestras Señorías capitán general de los Ejércitos, y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra". Las hermanas arditas, venidas de la montaña, y los hermanos cristofués y los hermanos cardenalitos escucharon los aplausos de los hermanos humanos y supusieron que entre ellos estaba el hermano Francisco de Asís. Pero no estaba. Estaba sí, el niño Simón, que se veía a sí mismo, admirado por todo el camino que había recorrido, pero sin saber todavía el que le faltaba por recorrer, que era mucho más largo, mucho más arduo y terminaba en su muerte, que lo haría inmortal.

66. El árbol de la niña.

Una mañana de 1866, la niña Ysolina Manzo, hija del Prefecto de Policía de Caracas, sembró una semilla "en un montículo que existía enfrente de la Iglesia, antigua capilla del Convento de los Franciscanos". La ceiba de San Francisco fue de las pocas cosas que de verdad crecieron en Caracas en tiempos de guerra y desorden. La niña la regó con paciencia y amor, y un buen día los adultos descubrieron que estaba allí y tomaron, esa vez, una sabia decisión: dejarla. Hasta los que resolvieron convertir la fachada del Convento en una caricatura gótica, en tiempos del guzmancismo, tuvieron la delicadeza de no tumbarla. Es algo que llamó la atención a Mario Briceño-Iragorry por allá por los años cincuenta, cuando era cronista de Caracas: "Estratégicamente está ubicada frente a uno de los templos más queridos de la tradición caraqueña, al lado de la antigua Universidad Central, en frontera con las Cámaras Legislativas, vecina del Cuartel de Policía, no lejos de los Bancos de Comercio. Ayer quedó cerca del famoso Hotel Saint Amand, y cuando empezaba a crecer, le colocaron a la par la estatua de Guzmán Blanco en trance de Saludante. Más resistente que la piedra y el bronce del monumento del Caudillo, vio rodar a éste, cuando la furia popular vengó en sus impávidas estatuas la soberbia del gobernante". La ceiba de la niña vive aún. Ha resistido mucho más que las pretendidas glorias de los gobernantes.

67. Los monumentos de la adulación.

El Saludante fue el nombre jocoso y justo con que se conoció la estatua ecuestre, desproporcionada y de pésimo gusto que Antonio Guzmán Blanco se mandó a poner al Sur del Capitolio y Norte del antiguo Convento de San Francisco, en tanto que *el Manganzón* fue el nombre del otro gran monumento, otro gran mamarracho, de Guzmán, ubicado en El Calvario, en uno de los más divertidos actos de inmodestia, arrogancia y necedad que ha tenido un gobernante venezolano a lo largo de los ya demasiados años de desgobierno que el país ha padecido. Según don Bartolomé López de Ceballos, el "bautizo" de las dos estatuas se debió al ingenio de una dama caraqueña, doña Dolores Soubllette, viuda de Hernáiz, en aquellos días de locura y adulación, durante el Septenio, cuando el *Ilustre Americano*, napoleonizado hasta lo increíble, resolvió que su imagen quedaría eternizada en el bronce, y se eternizó en el ridículo. Un decreto del dócil Congreso, fechado el 3 de abril de 1873, ordenó que se erigiera la estatua, colocada en lo que se llamaría, naturalmente, la *Plaza Guzmán Blanco*, que se había ganado al demoler unas casuchas que pertenecían al Convento. Fue entonces, también, cuando el mal gusto guzmancista acabó con la fachada colonial del Convento, logro perpetrado por el arquitecto del régimen, Juan Hurtado Manrique.